



TRAGEDIA Y FARSA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA



DECENCIA

ÁLVARO ENRIGUE
 Anagrama. Barcelona, 2011
 232 páginas, 17,50 euros

★★★★

Karl Marx afirmó famosamente en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* que la Historia acontece «una vez como tragedia y la otra como farsa»; Gabriel Zaid sostuvo que México es «el país mejor subdesarrollado del mundo». Entre una cita y otra se extienden algo más de un siglo y un auténtico abismo de muertes y traiciones que los mexicanos denominan, curiosamente, «la Historia de México» y que el escritor Álvaro Enrígue (1969) recorre en su última novela.

Decencia es la historia de un niño que asiste al estallido de la Revolución mexicana y de un anciano agobiado por el arrepentimiento que en la década de 1970 es secuestrado de forma azarosa por una célula izquierdista minúscula y desorientada.

Las noches oscuras

Ambos personajes son el mismo: el niño recuerda lo que aún no le ha sucedido y el anciano es personaje de un relato sobre el que parece no tener ningún control, una elección sorprendente del «punto de vista», pero que resulta efectiva, ya que presenta simultáneamente dos periodos de la Historia mexicana caracterizados por la violencia política estableciendo un paralelo entre ellos y asignando al primero el carácter de tragedia y al segundo el de farsa.

Aun cuando esta hipótesis de lectura parece correcta, *Decencia* no ratifica la afirmación de Marx en torno a la Historia; al contrario, su finalidad parece ser demostrar que en la tragedia de la Historia está también su farsa, que ambas estuvieron presentes en la Revolución mexicana y que hacen su aparición conjunta en la actual violencia derivada del comercio de drogas, cuyo origen sugiere

este libro, donde el amor es intenso y prohibido, las noches son oscuras, la célula revolucionaria la componen dos hermanos que se hacen llamar «los Justicia», una madre teje cuando está nerviosa y los enemigos irreconciliables se reúnen en empresas comerciales.

Coherencia íntima

Aquí, el protagonista puede acabar haciendo negocios con el héroe de la Revolución que robó a su familia y recurrir a él para ayudar a sus secuestradores, puede aleccionarles sobre la Revolución y chantajear a su mujer para beneficiarlos, y encontrar todo ello coherente. Esa coherencia íntima y esperpéntica, difícilmente comunicable, es la de la Historia mexicana, donde «uno es culpable hasta que se demuestre lo contrario» y al costado de la carretera pueden verse «campesinos de ojos siniestros esperando el fin del mundo bajo sus sombreros».

Uno de los mejores pasajes del libro narra la historia de un político socialista que exhibe filmes de Hollywood cambiando protagonistas para que resulten alegorías revolucionarias; del mismo modo, Enrígue actualiza en *Decencia* las novelas mexicanas de la Revolución y les devuelve una ambición no exenta de ironía y desencanto. Un día, el político comete un desliz: «Unos vaqueros discutían afuera de una cantina si debían aliarse con los indios para lograr el triunfo de la causa socialista. [...] Don Pepe amaneció al día siguiente ahorcado en un poste de telégrafo con la lengua arrancada y clavada en la frente. Cuando se lo conté a mi padre, salió por un segundo de su nebulosa de tequila para decir: Tanta Revolución para que al final sigamos siendo mexicanos».

PATRICIO PRON